

HUELLAS

litterae communionis

PÁGINA UNO



«¿Quién es este?»

**Jornada de apertura de curso de los adultos y los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación
Mediolanum Forum, Assago (Milán), 28 de septiembre de 2019**

«¿Quién es este?»

Jornada de apertura de curso de los adultos y los estudiantes universitarios de Comunión y Liberación

Mediolanum Forum, Assago (Milán), 28 de septiembre de 2019

Julián Carrón

Pidamos al Espíritu Santo esa pobreza de corazón que nos hace estar disponibles para dejarnos aferrar por Cristo.

Desciende, Santo Espíritu

2

Ante la pregunta: «¿Cuál es la angustia más frecuente hoy en día?», el filósofo y psicoanalista Umberto Galimberti respondía recientemente en una entrevista: «La producida por el nihilismo». Los jóvenes no están bien, y ni siquiera entienden por qué. Les falta la finalidad. Para ellos, el futuro ha pasado de ser una promesa a convertirse en una amenaza». Y añadía enseguida: «En 1979, cuando empecé a trabajar como psicoanalista, los problemas tenían un trasfondo emocional, sentimental y sexual. Ahora tienen que ver con el vacío de sentido» (U. Galimberti, «A 18 anni via da casa: ci vuole un servizio civile di 12 mesi», entrevista de S. Lorenzetto, *Corriere della Sera*, 15 de septiembre de 2019).

Creo que esta respuesta identifica muy bien el desafío que todos tenemos delante. Lo vemos cada día a nivel personal o social, como hemos visto estos días con el tema del final de la vida. Lo que está en juego es de tal envergadura que es imposible minimizarlo. Cualquier intento en este sentido no haría sino confirmar lo decisiva que es la partida.

A este desafío no se puede responder con discursos sobre máximos sistemas, con un moralismo o con un sentimentalismo, que resultan completamente ineficaces. Aquí se siente interpelada hasta la raíz la experiencia

que cada uno hace de la vida. El mismo profesor Galimberti es consciente de ello, y por eso ante la pregunta: «¿Cuál es el sentido de la existencia?», responde: «Tengo que buscarlo en la ética del límite, lo que los griegos llamaban la justa medida». Cada uno puede verificar si su respuesta es capaz de colmar el «vacío de sentido» y de hacer frente al nihilismo que él mismo denuncia.

No sé si esta respuesta satisfaría a un autor como Houellebecq, que escribe en una carta pública a Bernard-Henry Levy: «Tuve cada vez más a menudo –me es penoso confesarlo– el deseo de ser amado. Un poco de reflexión me convencía cada vez, por supuesto, de que este sueño era absurdo; la vida es limitada y el perdón imposible. Pero la reflexión era inútil, el deseo persistía; y debo confesar que persiste hasta la fecha» (F. Sinisi, «Michel Houellebecq. “La vida es rara”, *Huellas*, n. 6/2019, p. 47). Houellebecq, al igual que Galimberti, percibe el límite de la vida, pero esto no elimina en él –a pesar de que parezca absurdo en su reflexión– el deseo de ser amado.

«¡Qué importante es sentirnos interpelados por las preguntas de los hombres y las mujeres de hoy!», ha dicho recientemente el papa Francisco a los participantes en el encuentro promovido por el Pontificio Consejo para la promoción de la Nueva Evangelización (21 de septiembre de 2019). Más allá de que, en muchas ocasiones, se trate de las mismas preguntas que tenemos nosotros, ellas nos empujan a tener en cuenta el contexto cultural en que vivimos. Para responder a esta provocación, don Giussani nos ha propuesto un camino: la experiencia.

1. La experiencia, la palabra clave de todo

«El camino a la verdad es una experiencia». Es el tema que nos propusimos para este verano. Y ahora, después de lo que hemos vivido, podemos responder a la pregunta: «¿Es verdad que el camino a la verdad es una experiencia?». ¿Nos han sucedido estos meses hechos que lo documenten? Si no vemos suceder en nuestra experiencia las cosas de las que hablamos, nada podrá convencernos –ni a nosotros ni a los demás– de su verdad.

Por eso es tan radical la insistencia de don Giussani en la experiencia: para él, «la realidad se vuelve evidente en la experiencia», como decía a los universitarios en 1996 (*In cammino. 1992-1999*, BUR, Milán 2014, p. 311). Porque –subraya– «la experiencia es la palabra clave de todo» (*La autoconciencia del cosmos*, Encuentro, Madrid 2002, p. 275).

Por consiguiente, si no queremos perder el carisma por el camino, es preciso que verifiquemos si estamos haciendo experiencia.

«Quien no parte de la experiencia», enfatiza Giussani, «se engaña; quiere engañarse a sí mismo y a los demás». Y continúa: «El hombre solo puede partir de la experiencia», porque ella «es el lugar en el que la realidad emerge [...] con un rostro determinado, con un carácter determinado, según una flexión particular» (*ibídem*). Es impresionante constatar cómo un nihilista acérrimo como Houellebecq lo testimonia con toda su dramaticidad: su reflexión le hablaba de lo absurdo del deseo de ser amado, pero la reflexión no podía hacer nada contra el juicio que emergía en él de forma rotunda: «El deseo persistía; y debo confesar que persiste hasta la fecha». La experiencia consiste en este juicio. Y no hay nada capaz de adormecer ese deseo, nada que consiga colmarlo.

Esto nos muestra nuevamente lo crucial que es la indicación de método que don Giussani nos ofrece desde el primer capítulo de *El sentido religioso*: partir de la experiencia es lo único que nos permite conocernos a nosotros mismos y

la realidad, comprender cómo están las cosas y qué nos libera de la esclavitud de las imágenes, de los esquemas, de las reducciones a las que muchas veces sucumbimos influidos por el exterior, por la mentalidad de todos o por nuestras conveniencias inmediatas.

Pero, ¿qué es la experiencia? «Es verdad que la experiencia coincide con el “probar” algo, pero sobre todo coincide con el juicio que se tiene sobre lo que se prueba. “La persona es ante todo conocimiento. [...] Por tanto la experiencia implica la inteligencia del sentido de las cosas”» (*El sentido religioso*, Encuentro, Madrid 2008, p. 21). Por ello, podemos decir que el camino a la verdad es una experiencia únicamente si activamos la comparación consciente entre lo que probamos y las exigencias que nos constituyen. No es suficiente con repetir la fórmula como un mantra si después, en el fondo, reducimos constantemente la experiencia a lo que probamos, a algo sentimental, a su aspecto más evanescente. La misma

experiencia cristiana, el mismo acontecimiento cristiano sucumbe muchas veces a esto. Por eso le apremia a don Giussani ayudarnos a entender bien a qué se refiere con la palabra «experiencia».

«La experiencia es el método fundamental mediante el que la naturaleza favorece el desarrollo de la conciencia y el crecimiento de la persona. Por eso no hay experiencia si el hombre no se da cuenta de que “crece” [¡no es mecánico darnos cuenta de lo que nos sucede!]. Mas, para crecer verdaderamente, el hombre tiene necesidad de ser provocado o ayudado por algo distinto a él, por algo *objetivo*, algo que “encuentra”» (L. Giussani, *El camino a la verdad es una experiencia*, Encuentro, Madrid 2007, p. 119).

4

Este método, que vale en cualquier ámbito del conocimiento, se aplica también al conocimiento del Misterio: «Los hombres se dieron cuenta de la presencia de Dios en el mundo a través de una experiencia verdadera, objetiva». Continúa Giussani: «San Juan escribe impetuoso a los primeros cristianos: “Sí, la vida se manifestó y nosotros la hemos visto; somos testigos y os anunciamos la vida eterna que estaba junto al Padre y que se manifestó a nosotros”. La presencia de Cristo en su Iglesia se manifiesta en la historia del hombre consciente a través de una experiencia verdadera y objetiva [lo dice por segunda vez]. También el encuentro con la comunidad cristiana o la verificación de su mensaje [...] es experiencia verdadera, objetiva [¡insiste otra vez don Giussani!]

120). Por tres veces repite que aquello de lo que estamos hablando es una «experiencia verdadera y objetiva». «Verdadera», es decir, efectiva, que no tiene nada que envidiar a ninguna otra experiencia. Y «objetiva», porque es toparme con algo que está fuera de mí, que no produzco yo.

Hace unos veinte días, un amigo contaba en Salvador de Bahía: «Desde niño estuve siempre muy cercano al ámbito protestante. Cuando crecí un poco fui bautizado, pero algún tiempo después ya no quise vivir como ellos. Me marché y pasé alrededor de un año cuestionando la religión, incluso burlándome de ella. Busqué lugares que predicaran la razón y la ciencia contra la religión. Hacía todo esto, no me satisfacía la vida que vivía. Quería algo distinto, pero no sabía lo que era. Empecé a investigar sobre otras religiones, pero siempre dejando fuera a la Iglesia católica, porque en mi opinión estaba equivocada. Hasta que un amigo de la infancia decidió invitarme a una fiesta de disfraces que organizaba el grupo de jóvenes de mi barrio. Fui a la misma, porque no se trataba de algo religioso. Pero cuando dejé la fiesta empecé a preguntarme por qué había leído de todo, ignorando siempre a la Iglesia católica. Empecé a tomarme en serio mis preguntas. No solo empecé a leer algo sobre la Iglesia católica, sino también a buscar verdaderamente una respuesta que correspondiese a mi razón y a mi corazón. Y en mi búsqueda empecé a percibir que lo que leía sobre la Iglesia

«Para crecer verdaderamente, el hombre tiene necesidad de ser provocado o ayudado por algo distinto a él, por algo objetivo, algo que “encuentra”»

católica me correspondía. Tenía un sentido para mí. Por ello decidí convertirme, fui bautizado en la Iglesia católica, hice la primera comunión, recibí la confirmación. Estaba feliz, pero quería encontrar algo más. Quería un lugar en el que estar. Vi muchos ambientes que me dejaban bastante angustiado, porque me ofrecían la imagen de una Iglesia muy cerrada, continuamente en guardia contra el riesgo de un antipapa, y cosas por el estilo. Y me preguntaba: si es así, ¿qué sentido tiene entonces ser católico? Por eso continué mi búsqueda, hasta que encontré una entrevista en la que Carrón decía: “Si no creemos que Francisco es el remedio es porque no comprendemos la enfermedad” (J. Carrón, entrevista de John L. Allen e Inés San Martín, *Cruznow.com*, 2 de junio de 2017). Me parecía interesante porque ofrecía una mirada distinta, y aunque en los otros lugares siempre se acaba diciendo: “Tenemos fe en Nuestro Señor Jesucristo”, en la forma que tenía Carrón de decirlo se veía que no eran solo palabras escritas, sino una esperanza viva. Recuerdo un pasaje de la entrevista que llamó mi atención. Hablaba de algunas parejas que no estaban casadas y que habían empezado a ir con algunas familias de CL. Aunque esas familias no habían dicho nada sobre su condición frente a la Iglesia, aquellas parejas decidieron casarse solo por haber

«Para hacerse reconocer,
Dios entró en la vida
del hombre como un hombre,
en forma humana,
de tal modo que el pensamiento
y la capacidad imaginativa
y afectiva del hombre
se vieron como “atrapados”,
imantados por Él»

visto y conocido a aquellas familias. Entonces pensé: esto es interesante para mí, ¡esto es lo que estaba buscando! Entonces empecé a seguirlo. Quería saber quién es Carrón y quiénes son estas personas. Seguí, conocí a la gente de CL aquí, en Salvador. Me he quedado porque he visto algo distinto, algo que me corresponde. Quizá no habría permanecido en la Iglesia si no hubiese sido por este lugar, porque he empezado a mirar la realidad de forma nueva y a tener una mirada nueva sobre mí mismo, un amor más grande». Me llena de asombro que alguien que busca tan apasionadamente una respuesta a las exigencias de su corazón, por lealtad con su experiencia, no haya cejado hasta encontrar una realidad –histórica, objetiva, un rostro concreto de la Iglesia– capaz de atraerle y de responder a la espera que le constituye.

Teniendo presente lo que hemos dicho hasta aquí, podemos entender por qué don Giussani confesaba en un momento dado: «Lo más importante que he dicho en toda mi vida es que Dios, el Misterio, se ha revelado, se ha manifestado a los hombres hasta el punto de hacerse objeto de nuestra experiencia. El Misterio se vuelve *incluso* objeto de nuestra experiencia; se hace objeto de nuestra experiencia identificándose con un signo hecho de tiempo y de espacio» (*La autoconciencia del cosmos*, op. cit., p. 165). Esto es crucial. «Para hacerse reconocer, Dios entró en la vida del hombre como un hombre, en forma humana, de tal modo que el pensamiento y la capacidad imaginativa y afectiva del hombre se vieron como “atrapados”, imantados por Él» (L. Giussani - S. Alberto - J. Prades, *Crear huellas en la historia del mundo*, Encuentro, Madrid 1999, p. 31). Esta es la prueba que

«Se trata de una cuestión seria para nosotros y para el mundo, porque si no nos vemos imantados por Él, somos como una mina flotante a merced de nuestros pensamientos, de nuestras reacciones, de nuestra forma de pensar, de nuestro modo de afrontar las cosas. En definitiva, a merced de la nada»

6

documenta la presencia de Cristo en acción: que nos vemos «atrapados», imantados por Él.

El Evangelio es una documentación palmaria de esto.

«Un fariseo le rogaba que fuera a comer con él y, entrando en casa del fariseo, se recostó a la mesa. En esto, una mujer que había en la ciudad, una pecadora, al enterarse de que estaba comiendo en casa del fariseo, vino trayendo un frasco de alabastro lleno de perfume y, colocándose detrás junto a sus pies, llorando, se puso a regarle los pies con las lágrimas, se los enjugaba con los cabellos de su cabeza, los cubría de besos y se los ungía con el perfume. Al ver esto, el fariseo que lo había invitado se dijo: “Si este fuera profeta, sabría quién y qué clase de mujer es la que lo está tocando, pues es una pecadora”. Jesús respondió y le dijo: “Simón, tengo

algo que decirte”. Él contestó: “Dímelo, maestro”. “Un prestamista tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta. Como no tenían con qué pagar, los perdonó a los dos. ¿Cuál de ellos le mostrará más amor?”. Respondió Simón y dijo: “Supongo que aquel a quien le perdonó más”. Y él le dijo: “Has juzgado rectamente”. Y, volviéndose a la mujer, dijo a Simón: “¿Ves a esta mujer? He entrado en tu casa y no me has dado agua para los pies; ella, en cambio, me ha regado los pies con sus lágrimas y me los ha enjugado con sus cabellos. Tú no me diste el beso de paz; ella, en cambio, desde que entré, no ha dejado de besarme los pies. Tú no me ungiste la cabeza con ungüento; ella, en cambio, me ha ungido los pies con perfume. Por eso te digo: sus muchos pecados han quedado perdonados, porque ha

amado mucho, pero al que poco se le perdona, ama poco”. Y a ella le dijo: “Han quedado perdonados tus pecados”. Los demás convidados empezaron a decir entre ellos: “¿Quién es este, que hasta perdona pecados?”. Pero él dijo a la mujer: “Tu fe te ha salvado, vete en paz”» (Lc 7,36-50). He aquí una mujer aferrada completamente por Cristo.

Se trata de una cuestión seria para nosotros y para el mundo, porque si no nos vemos imantados por Él, somos como una mina flotante a merced de nuestros pensamientos, de nuestras reacciones, de nuestra forma de pensar, de nuestro modo de afrontar las cosas. En definitiva, a merced de la nada. La diferencia salta a la vista cuando nos topamos con una persona aferrada hasta las entrañas por Él. Esto es la fe. Por eso dice Jesús a la mujer: «Tu fe te ha salvado».

2. «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?»

Pero entonces –segundo paso–, una vez que se ha producido este acontecimiento, que Dios ha entrado en la historia como hombre para que podamos reconocerle, la única cuestión es la que plantea don Giussani: «Cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe en la tierra?» (Lc 18,8). Nuestro problema no es si nos encontrará hablando de Él, haciendo nuestros encuentros o ciertos gestos, sino si habrá todavía alguno de nosotros que esté aferrado por Él, que se haya dejado aferrar por Él hasta las entrañas para no terminar en la nada. La condición para que pueda suceder esto es que esa Presencia que ha entrado en la historia siga estando presente, como dijimos en la segunda lección de los Ejercicios de la Fraternidad, porque no puede ser un intento nuestro lo que haga que esté presente. Su permanencia en la historia nos la ha asegurado Él: «Yo estoy con vosotros todos los días, hasta el final de los tiempos» (Mt 28,20). Nuestro verdadero problema es si estamos abiertos a reconocerle en el presente, como el amigo de Salvador de Bahía, sin dejar que se nos escape lo que está sucediendo: es Él quien está sucediendo. No hay que dar por supuesto que percibamos Su presencia en lo que sucede, en lo que nos contamos.

Como decía Giussani en la Jornada de apertura del año pasado, lo que está en juego no es la pertenencia a una asociación, porque podemos participar en una asociación y no captar Su presencia. No es una asociación lo que resuelve el problema del nihilismo, de la falta de sentido. Solo la fe puede resolverlo. Por eso nos decía don Giussani: «La fe es lo que nosotros buscamos, la fe es aquello en lo que queremos penetrar, [...] es lo que queremos vivir» («¡Vivo quiere decir presente!», *Huellas*, n. 9/2018, p. 4), porque todo lo demás no es capaz de aferrarnos, de sacarnos del nihilismo. Pero hoy, ¿cómo sucede esto? Exactamente igual que al principio: sucede cuando nos topamos con una presencia cargada de significado que requiere de nosotros una pobreza, una disponibilidad para dejarnos asombrar. Y es precisamente Él, cuando acontece, quien nos hace pobres, quien provoca en nosotros la disponibilidad para dejarnos asombrar y aferrar. Porque «privados de la maravilla, quedamos sordos ante lo sublime» (como dice Heschel, citado

en el capítulo X de *El sentido religioso*, en la frase elegida como título del Meeting 2020), es decir, quedamos sordos ante lo que sucede.

Por eso nos invita don Giussani a identificarnos con el origen. «¿Qué hicieron para empezar a creer?». Él insiste al proponer nuevamente esta pregunta, porque solo si nos identificamos con el inicio, que es el canon, el paradigma de lo que sucedió tal como ha quedado documentado en la Sagrada Escritura, podrá llegar a ser el método para cada instante del camino. Así responde don Giussani: «No creyeron porque Cristo hablara diciendo ciertas cosas, no creyeron porque Cristo hiciera esos milagros, no creyeron porque Cristo citara a los profetas, no creyeron porque Cristo resucitara a los muertos. Cuánta gente, la gran mayoría, le oyó hablar así, le escuchó decir esas palabras, le vio hacer esos milagros, y el acontecimiento no sucedió para ellos [todos podemos suscribir esto]. El acontecimiento [...] fue algo distinto, algo más, algo tan distinto que dio significado al discurso y al milagro» (L. Giussani, «¡Vivo quiere decir presente!», cit., p. 8).

Pero entonces, ¿por qué creyeron? «Creyeron por lo que Cristo era. [...] Creyeron por una presencia. No una presencia desdibujada o superficial, no una presencia sin rostro: una presencia con una cara bien precisa, una presencia cargada de palabra, es decir, cargada de propuesta». Pero, como vemos con frecuencia, «no cualquier presencia con propuesta está cargada de significado» (*ibídem*), porque propuestas escuchamos muchas, pero, ¿cuántas son capaces de aferrarnos?

¿Cuándo es evidente que hemos identificado una presencia cargada de significado? Cuando nos sorprendemos atraídos, aferrados, como la mujer pecadora, como al principio. Y esto solo sucede frente a «una novedad radical» que expresa Giussani «con los términos “imprevisto” e “imprevisible”»: algo «que no existía y que ahora existe, está ahí [...], no podía existir y está ahí». Una propuesta está cargada de significado cuando «implica a la persona que porta ese significado», es decir, cuando coincide con la presencia de una persona implicada con plenitud en el significado que porta. Se trata de una presencia «que no se puede reducir al pasado» (*ibídem*, cit., pp. 8-10), una presencia en la que se expresa un plus, imprevista, imprevisible, no existía y existe. Si esto no sucede ahora, si no nos asombra ahora, quiere decir

*«Si Cristo no estuviese presente
—a través de un signo
humano—, no existirían
ni el asombro ni la pregunta:
ese asombro que se expresa
como pregunta solo puede
generarse ante una presencia viva»*

8

que el cristianismo se ha convertido para nosotros en algo del pasado. En cambio, «¡vivo quiere decir presente!», está ahí, no podía existir y está ahí. Y el signo es que, al toparme con una presencia determinada —una presencia que no he producido yo, real, objetiva, fuera de mí—, surge en mí, en nosotros, la pregunta: «¿Quién es este?» (Mt 8,27).

Esa pregunta describe algo que sigue sucediendo hoy, también a través de nosotros. Pienso en las personas que se topan con nuestra presencia, mientras estamos juntos o cuando estamos solos, en las circunstancias más variadas —me refiero a los muchos relatos de encuentros que se han producido en las vacaciones de las comunidades, en los lugares de trabajo o en la universidad—; personas que por lo diferente que es la vida que ven, por la novedad humana que la gracia que se nos da genera en quien la acoge, se preguntan: «Pero, ¿quién eres tú? ¿Quiénes sois vosotros? ¿Por qué sois así?». Dos mil años después resuena en el mundo la misma pregunta.

Pero, ¿cómo surge este interrogante? Esta pregunta es el efecto secundario, el indicio de algo distinto, de algo que no somos nosotros. Y la cuestión es captar qué significa que alguien se plantee esta pregunta. A veces nos quedamos ahí, un poco pasmados, un poco obtusos, sin preguntarnos: «¿Qué han visto esas personas para llegar a plantearse esa pregunta?». Se han encontrado con una presencia que expresaba un «plus», «algo» que iba más allá de las cualidades naturales, del compromiso o de la buena voluntad de quien tenían delante, algo que nunca habían visto

antes («¡Nunca hemos visto una humanidad así!»). De otro modo no habría surgido la pregunta. Es decir, esa pregunta documenta una Presencia más grande que nosotros, que actúa en nosotros, en gente como nosotros («Algo que está dentro de algo», decía Giusani en la frase que citamos en los Ejercicios). La pregunta brota del asombro frente a la «respuesta en acto» a la sed del corazón que es Cristo vivo, es decir, brota ante la excepcionalidad de Cristo que sucede, aunque todavía no sea reconocida como tal, por lo que ella es. Si Cristo no estuviese presente —a través de un signo humano—, no existirían ni el asombro ni la pregunta: ese asombro que se expresa como pregunta solo puede generarse ante una presencia viva.

Pero también nosotros debemos estar presentes con nuestra pobreza, con nuestra apertura y disponibilidad, como mendigos que esperan que suceda una presencia a la altura del deseo humano. De hecho, podemos estar frente al mismo fenómeno de una humanidad diferente y seguir estando ciegos: esa excepcionalidad sucede pero no la vemos, no nos asombramos ante ella y no nace pregunta alguna en nosotros.

Por eso, aunque estemos inmersos en esta presencia, en lugar de crecer en el asombro que hace surgir la pregunta, muchas veces decimos: «Bah, ya nos lo sabemos».

Cuando lo escucho decir, ¡se me cae el alma a los pies! ¡Ni siquiera una pizca de asombro! ¡Cómo van a surgir así las preguntas! Con que nos llevemos a casa esta pregunta: «¿Quién es este?», no habrá sido inútil venir aquí hoy.

Podemos verificar cuántas veces al día sucede esto, cuántas veces nos vemos asombrados y atraídos por una presencia y cuántas, en cambio, hablamos de ella repitiendo palabras o hechos –por muy espectaculares que sean–, pero sin que surja la pregunta y sin asombrarnos ante esa presencia, ante ese plus que sucede delante de nosotros. Esto nos llevará al escepticismo, porque ya no es suficiente con saber las cosas adecuadas –el desafío que identifica Galimberti no nos lo permite–, ni con decir las palabras adecuadas. Y «cuando Él venga» no encontrará entre nosotros a nadie que se asombre todavía ante Su presencia, que Le reconozca realmente presente en la carne de una humanidad cambiada, aunque sigamos perteneciendo a la asociación. Porque lo que está en juego no es la asociación, sino la fe. Y la fe es únicamente esto: el reconocimiento de Su presencia presente, que sigue sucediendo ahora como hace dos mil años.

Cristo no está recluso en el pasado, su acontecimiento –ese acontecimiento que nos ha conquistado a

cada uno, pues de otro modo no estaríamos aquí– no está custodiado en un museo (nos lo decía el papa Francisco en la plaza de San Pedro, ¿lo recordáis?), no pertenece a los recuerdos de un tiempo que pasó: existe ahora, ¡existe ahora en la carne! Un hecho del pasado no sirve para hacer que la fe nos resulte interesante, como no servía al principio. Era necesario que sucediese algo en el presente.

«Entran en Cafarnaún y, al sábado siguiente, entra en la sinagoga a enseñar [estaban acostumbrados a ir a la sinagoga a escuchar predicar a alguien, pero aquella vez se produjo el primer impacto]; estaban asombrados de su enseñanza [había muchos que enseñaban, había muchos que hacían propuestas comentando la Escritura pero], les enseñaba con autoridad y no como los escribas. Había precisamente en su sinagoga un hombre que tenía un espíritu inmundo y se puso a gritar: “¿Qué tenemos que ver nosotros contigo, Jesús Nazareno? ¿Has venido

a acabar con nosotros? [Hasta los demonios Le reconocían]. Sé quién eres: el Santo de Dios”. Jesús lo increpó: “Cállate y sal de él”. El espíritu inmundo lo retorció violentamente y, dando un grito muy fuerte, salió de él. Todos [por las palabras y los gestos de Jesús] se preguntaron estupefactos: “¿Qué es esto? Una enseñanza nueva [no reducible al pasado, a lo ya sabido] expuesta con autoridad [de aquí nació un pueblo nuevo]. Incluso manda a los espíritus inmundos y lo obedecen”. Su fama se extendió enseguida por todas partes, alcanzando la comarca entera de Galilea» (Mc 1,21-28). Estaban acostumbrados a escuchar comentarios sobre la Escritura sin asombrarse lo más mínimo. Lo que estableció la diferencia fue que se encontraron con una autoridad que, por la novedad de lo que decía, suscitó la pregunta: «¿Quién es este?».

Lo decisivo de esta autoridad nos lo testimonia don Giussani en persona. ¡Escuchémosle!

«Lo que está en juego no es la asociación, sino la fe. Y la fe es el reconocimiento de Su presencia presente»

De una conversación de Luigi Giussani con un grupo de *Memores Domini* (Milán, 29 de septiembre de 1991)

Transcripción de la grabación reproducida durante la Jornada de apertura de curso del 28 de septiembre de 2019 y conservada en Archivo Histórico de la Asociación Eclesial *Memores Domini*. Cf. «La alegría, la leticia, la audacia. Nadie genera si no es generado», *Huellas-Litterae communionis*, n. 6/1997.

Luigi Giussani

¿Cuál es el factor más importante en una realidad de pueblo, en cuanto que pueblo, en una realidad de compañía, en cuanto que compañía, tal como habéis meditado esta mañana; en esa realidad de pueblo, como pueblo al que estamos llamados, en esa compañía en la que participamos, en ese lugar de la profecía y del grito de que Dios es todo, en el lugar verdadero del sentido religioso?

El factor más importante de un pueblo en cuanto pueblo, de la compañía, es lo que llamamos «autoridad».

Tenemos una profunda necesidad de destruir hasta la última piedra la imagen de autoridad, o de guía «robótica», como si fuese un individuo aislado, como si se tratase de individuos encerrados en una torre desde la que guían, lanzan señales, desde la que guían la marcha de las cosas.

La autoridad, la guía, es justamente lo contrario del poder; en ella no existe ni pizca, ni sombra de la palabra «poder». Por ello, en el concepto de autoridad propio del pueblo de Dios está completamente ausente, a cualquier nivel, todo reflejo de temor, porque al poder le corresponde el temor y, para librarse del temor, uno debe pasar olímpicamente del poder.

¿En qué consiste esta autoridad? Doy una definición. La autoridad es el lugar –porque tú también eres un lugar, ¿no?, cualquier persona es un lugar– donde la lucha por afirmar, la lucha de la profecía y la verificación de esa profecía; el lugar donde la lucha y la verificación de que nuestra propuesta responde al corazón, de lo que la propuesta de Cristo supone para la percepción del corazón... la autoridad es el lugar donde la lucha por afirmar y comprobar que la propuesta de Cristo es verdadera, es decir, corresponde a la percepción, a las exigencias del corazón (al sentido religioso –constituido por las exigencias del corazón– que percibe la respuesta que tiene ante sí), es más límpida y más sencilla –por eso no da miedo–, es más pacífica. La autoridad es el lugar donde la verificación entre la percepción del corazón, sus exigencias, y la respuesta que procede del mensaje de Cristo es más límpida y sencilla, y por ello más pacífica. Pasolini, en un texto que he citado más veces en estos tiempos, dice que los hombres no tienen quien les eduque, que los jóvenes carecen de educadores; si alguien les educa, lo hace con su ser, no con sus discursos.

La autoridad es el lugar donde el nexo entre las exigencias del corazón y la respuesta que ofrece Cristo es más límpido, más sencillo, más pacífico. Esto indica que la autoridad guía con su ser, no es una fuente de discurso. También el discurso forma parte de la consistencia del ser, pero solo como un reflejo. En definitiva, la autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que

lo que dice Cristo corresponde al corazón. Esto es lo que guía al pueblo. Entonces, segunda idea, el problema no es seguir... En realidad sí lo es, pero esto no queda reflejado bien, del todo, en la palabra «seguir»; lo que mejor lo indica es la palabra «filiación». De la autoridad somos hijos. Un hijo toma la savia de su padre, la hace suya, está conformado por la savia que viene de su padre, está constituido por su padre. Eso le aferra totalmente. La autoridad me aferra por completo, no es una palabra que me dé miedo, que me haga temer o alguien a quien «siga» sin más. Me implica. Por ello, la palabra «autoridad»... la «autoridad» podría tener como sinónimo la palabra «paternidad», por tanto capacidad de generar, generación, comunicación de *genus*, comunicación de un brote de vida. La vida brota en mí cuando mi yo es penetrado y transformado por esta relación.

La palabra «autoridad», que corresponde a la palabra «paternidad», va seguida de la palabra «libertad», genera libertad. La libertad consiste en ser hijos. De hecho, el Evangelio dice en varios pasajes: «Dime –le dice Jesús a Pedro–, ¿le corresponde al hijo del rey pagar tributo al rey? No, les toca a los siervos, porque lo que pertenece al padre pertenece al hijo».

Por ello, la autoridad es verdadera o se experimenta verdaderamente como tal cuando exalta mi libertad, cuando hace crecer mi conciencia y mi responsabilidad personal, lo que es mi conciencia y mi responsabilidad.

Entonces, como alguien me comentaba acertadamente, cuando Jesús se volvió y dijo: «Vosotros, ¿quién decís que soy yo?», y Pedro respondió: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo», la

«La autoridad es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón»

pregunta de Cristo hizo pasar a Pedro de una lógica de amigo –antes era un amigo, un conocido– a la responsabilidad de una conciencia personal, a una actitud de responsabilidad personal. Y por esa responsabilidad dijo: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios». La amistad que tenía con Cristo se convirtió en ese momento, se iluminó repentinamente como conciencia personal y responsabilidad, una conciencia y responsabilidad que expresaban dicha amistad. No existe relación con un lugar de autoridad, con quien es autoridad, si uno no comprueba que su libertad crece en cuanto conciencia y responsabilidad personal.

Tercero. Si la autoridad es fuente de libertad, se convierte entonces en lugar de consuelo y hace que toda la compañía y el pueblo entero se vuelvan lugar de consuelo. ¿En qué sentido? Lugar de consuelo porque si veo a alguien en quien Cristo ha vencido, vence, convence y cambia, mostrando lo correspondiente que es a las exigencias del corazón; si alguien me lo muestra, me lo documenta, si viéndole me doy cuenta de que en él esto se da, empiezo a entender que también en la compañía sucede lo mismo. Entonces –independientemente de cómo soy, del estado de ánimo en que me hallo, de si he dado muchos pasos o pocos– me siento reconfortado: «Tus preceptos son fuente de alegría», de consuelo, porque Cristo vence. La autoridad es el lugar donde resulta evidente que Cristo vence. ¿Qué quiere decir que Cristo vence? Que Cristo demuestra incluso en la apariencia, hasta en la orilla de la apariencia, que corresponde, que corresponde a las exigencias del corazón de modo persuasivo, de modo profético. Así sucederá también en mí. Parece imposible. También para ese de ahí que es autoridad era imposible y ahora es posible, es real. Cristo vence. La autoridad es, pues, lugar de paternidad donde la vida nueva –que es aquella en la que Cristo responde al corazón, a aquello para lo que el hombre está hecho, donde experimentamos que Cristo responde al corazón– es más límpida, más limpia y más clara. Esta es la verdadera autoridad. Por eso puede ser más autoridad la mujer que echa una moneda en el arca del templo que el jefe de los fariseos.

Esta autoridad paterna, generadora, se demuestra en la experiencia de una mayor libertad, conciencia personal y responsabilidad personal, de modo que, aunque todos se marchasen, aunque todos saliesen corriendo, aunque todos traicionasen –como decía un texto precioso que cité la última vez, a principio de curso–, aunque todos te traicionasen, yo te digo: «¡Sí!». Conciencia y responsabilidad personal. Y por eso la autoridad es el lugar del consuelo donde se ve que Cristo vence. Y de este modo cumple la autoridad su verdadera misión, porque exalta al pueblo, permite comprender que todo el pueblo y toda la compañía son el lugar donde Cristo vence. ■

Carrón

Por eso la autoridad es el factor más importante de la realidad de un pueblo, porque sin autoridad no se genera un pueblo. Cada uno de nosotros está llamado a reconocerla allí donde esté, porque –como acabamos de escuchar– «puede ser más autoridad la mujer que echa una moneda en el arca del templo que el jefe de los fariseos». ¿En qué se demuestra? En que la autoridad «es una persona mirando a la cual uno ve que lo que dice Cristo corresponde al corazón» y por eso es consuelo para todos nosotros, independientemente del punto del camino en el que esté cada uno.

Durante una Escuela de comunidad una amiga contaba lo siguiente:

«Por motivos personales, el año pasado decidí dejar el movimiento y me desapunté de la Fraternidad. Os preguntarán: “Entonces, ¿qué estás haciendo aquí?”. El pasado mes de mayo sucedió un hecho en mi vida que puede parecer muy banal: tuve un accidente mientras iba a un aperitivo con los compañeros de trabajo. Como la colisión fue muy fuerte, me llevaron al hospital y viví una espera maravillosa, porque allí sucedió lo que me ha traído aquí hoy. He señalado los puntos que quería citar del cuadernillo de los Ejercicios: “Pero, ¿de dónde me viene todo esto?”. Tenemos que entender bien de dónde viene, pues si no,

¿por qué tendríamos que volver aquí? Nos viene de Cristo vivo”. Y después la parte sobre el “lugar”. Hacia las dos de la noche vino a visitarme un médico. Estaba muy asustada, temiendo que pudieran tratarse de algo grave. Lo que nunca olvidaré, aunque mañana se acabara el mundo, es la mirada de ese médico, que me miró con tal humanidad que me pregunté: “Pero, ¿quién eres tú que me miras así?”. Y en ese momento pensé: “En mí está viva esa forma de reconocer que no es la persona, que delante de mí hay algo que me está indicando otra cosa distinta”. Había entrado en urgencias por un accidente, pero salí “atravesada” por aquella mirada. En los días posteriores no se iban de mi cabeza aquella mirada y aquella pregunta. En un momento dado, empecé a acribillar a la secretaría del movimiento para retomar el contacto, porque yo ya había visto y reconocido ese tipo de mirada, y la forma de reconocer aquella mirada solo la había aprendido en la educación del movimiento. Lo que me ha sucedido es un hecho objetivo, algo real, porque después de aquel accidente la gente me decía: “Tienes una mirada distinta, eres más tú. ¿Qué te ha pasado?”. Yo no podía explicarlo, y por eso empecé a buscar de nuevo el movimiento. ¿Por qué? ¿Porque no quería perder lo que había encontrado! Quería mantener el reconocimiento, y el único lugar que me podía ayudar era la Escuela de comunidad, porque aquí se me ha educado para reconocerlo, para vivirlo». He aquí una persona en la que Cristo ha vencido. «La autoridad me aferra por completo», hemos escuchado decir a don Giussani,

es totalizante, porque estoy tan asombrado de que Cristo venza así en alguien –sea quien sea– que no puedo no desear darlo todo, no puedo evitar verme aferrado por entero. La autoridad me aferra por completo. Como me escribe uno de vosotros: «Mi vida es un continuo volver a partir del reconocimiento de esta Presencia, de una cierta Presencia. Solo de aquí pueden nacer el entusiasmo, la alegría, el gozo en la vida. Una Presencia que es capaz de obtener de mí lo que nadie obtiene. Solo Cristo es capaz de obtener de mí una adhesión, un afecto, un amor que no se puede comparar con ningún otro». ¿Comprendéis por qué esto es lo único que puede vencer el nihilismo?

Pero este aferrarme por entero, paradójicamente, en vez de hacerme más esclavo, me hace por fin libre. La autoridad es «fuente de libertad», «exalta mi libertad». «Este hombre sí que habla con autoridad”. Pero, ¿quién es la autoridad? A propósito de esto hay una frase de Dante, en el canto tercero del *Paraíso*, que es deliciosamente perfecta: “Volvióse al objeto de su mayor deseo”: se volvió al signo, a ese rostro que estaba más lleno de deseo y que, por tanto, le suscitaba más deseo. La autoridad es un rostro

nuevo, lleno de “mayor deseo”, que despierta en nosotros un “mayor deseo”. Continúa don Giussani: «Solo al encontrar la autoridad, empieza a filtrarse por nuestra puerta, a cruzar el umbral de nuestra personalidad una alegría auténtica; al mirar ese rostro humano nuevo uno percibe una *correspondencia* con lo que el corazón espera, por tanto descubre una alegría. Sin la autoridad no existe alegría; habrá “satisfacción” o, si se quiere, “placer”, pero no la alegría humana de la libertad, del pensamiento y del corazón, de los ojos y de la palabra» (L. Giussani, *L'avvenimento cristiano*, BUR, Milán 2003, pp. 16-17). Solo si Cristo nos aferra hasta ese punto podremos arriesgar como la pecadora, que testimonió la libertad de ser ella misma delante de todos, sin dejarse determinar por los cotilleos, opiniones o reacciones de los que estaban a su alrededor. No la detiene ningún miedo, ningún compromiso con la mentalidad de todos. No tiene nada que perder. Todos la consideran pecadora, entonces, ¿qué puede perder? Por eso puede tener la audacia de dejarse aferrar totalmente por Cristo, hasta las entrañas. No en lo escondido de su habitación, sino delante de todos. Suscitando la reacción de todos. Incluida la de Jesús. Pero Él no se confunde, sabe quién es. Y a

«Estoy tan asombrado de que Cristo venza así en alguien – sea quien sea– que no puedo no desear darlo todo»

través de su forma de mirarla, de reaccionar, se manifiesta su diferencia única, desconcertante.

Esa libertad resulta necesaria hoy en día para educar, para arriesgar a la hora de amar sin poseer, con esa distancia que hace posible que se comunique Su presencia, sin tener que meter nuestra humanidad en el congelador. Para no reducir el cristianismo a valores «demasiado puros, demasiado pálidos» –decía De Lubac– para atraernos y despertar interés en el centro de nuestro yo. (cf. *El drama del humanismo ateo*, Encuentro, Madrid 2012).

Por eso uno quiere volverse hijo, participando de la «savia de la vida» que le ha atravesado, aquella en la que ve a Cristo vencer. «La vida brota en mí cuando mi yo es penetrado y transformado por esta relación». El hijo es libre para irradiar la diferencia que lleva consigo, que ha recibido de otro que le genera constantemente. «Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros como siervos vuestros por Jesús. Pues el Dios que dijo: “Brille la luz del seno de las tinieblas” ha brillado en nuestros corazones, para que resplandezca el conocimiento de la gloria de Dios reflejada en el rostro de Cristo. Pero llevamos este tesoro en vasijas de barro, para que se vea que una fuerza tan extraordinaria es de Dios, y no proviene de nosotros» (2 Cor 4,5-7).

3. Nadie genera si no es generado ahora

La autoridad es una paternidad presente, como acabamos de escuchar a don Giussani.

Esto es particularmente decisivo para cada uno de nosotros: «Uno no puede ser padre, no puede generar si no tiene a nadie como padre. No [atención] si “no ha tenido” [un padre], sino si “no tiene” [en el presente] a nadie como padre. Porque si no tiene a nadie como padre, quiere decir que no se trata de un acontecimiento, [...] no es una generación. *La generación es un acto presente*» (L. Giussani, «Nadie genera si no es generado», *Huellas*, n. 6/1997, pp. II, IV). Y esto se ve a la legua. ¿Quién tiene un padre? Quien es generado ahora. Cuando vamos a casa de una familia, se ve perfectamente quién es hijo, quién es generado en ese momento y quién no; el que no es generado se defiende, está lleno de temor ante el padre.

Ahora bien, «la posición frente al otro es un aspecto permanente, pero la realización de la paternidad

como contenido de esa posición permanente es algo que se da en el presente. Tener un padre es una posición permanente porque pertenece a la propia historia. Si en 1954 no hubiese entrado en el liceo Berchet y hubiese entrado en otro liceo habría sido otra historia completamente distinta. La disposición es permanente, pero la generación –que es lo interesante de la paternidad– es presencia, es algo presente. Por eso no se puede ser generador si no se tiene un padre, solo se genera porque se tiene un padre, solo se genera porque se es generado», porque «quien no tiene padre está “afectivamente discapacitado”. Y uno que está afectivamente discapacitado ha tenido padre, pero no lo tiene en el presente. La paternidad personal, la paternidad genera el yo; o mejor, [...] no genera el yo sino la acción del yo» (L. Giussani, *ibidem*, p. IV).

Por eso concluye don Giussani: «*Nadie genera si no es generado*. No “si no ha sido generado” sino “si no es generado”. Este concepto de paternidad es el concepto al que más se ha enfrentado toda la cultura ilustrada» (*ibidem*), y también nosotros, que muchas veces estamos imbuidos de esa mentalidad.

Consecuentemente, para poder generar hoy –los padres a los hijos, los profesores a sus estudiantes–, para poder volver a empezar como al principio, para poder ofrecer una contribución en este momento dramático de la historia, no basta el recuerdo de un pasado: se necesita una paternidad presente. Para poder generar hoy se necesita una presencia presente que no se puede reducir al pasado, que expresa un «plus», un imprevisto, algo imprevisible, que no existía y que está ahí. Lo ha dicho recientemente el papa Francisco a los misioneros del PIME: «Evangelización es testimonio de Jesucristo, muerto y resucitado. Es Él quien atrae. Y por eso la Iglesia crece por atracción y no por proselitismo, como decía Benedicto XVI» (*Discurso al Capítulo general del PIME*, 20 de mayo de 2019).

Pero, ¿dónde sucede esto? ¿Dónde nos atrae Él? ¿Dónde nos imanta Él? Atrae e imanta allí donde uno se encuentra frente a «una presencia concreta como la tuya que le lleva a preguntarte: «¿Por qué eres así?». «¿Quién es este?». Se lo preguntan viéndote a ti ahora, en el presente.

Entonces tú, por lo que eres, anuncias a Jesucristo con tu vida, muestras a Jesús. Como dice Pasolini (citado por don Giussani) en términos laicos, refiriéndose al fenómeno educativo: «Si alguien [...] te educara, solo

podría hacerlo con su ser, no con sus palabras» (*Lettere luterane*, Einaudi, Turín 1976, p. 44). Esto es la misión: que Cristo se deje ver a través de mi persona, de mi modo de estar en la realidad, es decir, que yo sea testigo de esta generación Suya que me ha hecho así, que ha hecho de mí lo que soy, que me ha generado así, con esta forma de ver y de afrontar las cosas: un hijo del mismo tronco que el padre.

Un universitario me ha contado que hace algún tiempo llegó al piso en el que vive un joven trabajador. No frecuentaba la Iglesia y, a causa de su trabajo, llevaba una vida bastante distinta de la suya, se iba a dormir muy tarde y nunca estaba a la hora de cenar. En definitiva, le parecía que estaba como aparcado en el piso, nada más. Hasta que una noche fue a cenar un amigo que, asombrado por lo que estaba viendo, empezó a decir: «¡Qué ambiente tan bonito hay aquí!». Había percibido cosas que él, que vivía allí, no había percibido. En un momento dado, salió de su habitación el joven trabajador –nadie sabía que estaba en casa–, se sentó a la mesa y el amigo empezó a hablar con él. El universitario no hizo mucho caso, pero a la mañana siguiente el amigo le llamó para decirle: «Ese chico está buscando de verdad, se ve que ha visto algo en vosotros». Y él: «¡Bah, no creo...!». Aquella misma mañana el universitario decidió ir a bañarse al río y con poca convicción le dijo al joven trabajador: «¿Quieres venir?», y él: «Sí, sí, voy». Al llegar al río, empezó a contarle lo que había supuesto para él llegar a ese piso: «Me di cuenta enseguida de que había algo distinto entre vosotros». Nadie le había dicho que había varios del movimiento. En la habitación del estudiante que estaba antes que él había encontrado el librito *La voz única del ideal* (San Pablo, 2018): «Lo leí entero y después se lo regalé a mi hermano, que empieza su último año de liceo, porque necesita estas cosas». Y le dijo: «Me gustaría conoceros», y después: «¿Me enseñas a rezar?». El universitario me decía: «La noche anterior había pensado preguntar a los demás si querían rezar alguna oración al terminar la cena, pero después pensé: está él, así que no lo intento, lo evito, porque, ¿por qué debería interesarle rezar? Es decir, yo no veía algo que el amigo al que había invitado estaba viendo. Menos mal, porque la apertura de su mirada me ha traspasado también a mí».

¡Qué pobreza hace falta para dejarse generar por el último en llegar! De hecho, ¿cuál es el riesgo que corremos, como hemos visto en este caso? La obviedad. ¿En qué se ve? En el hecho de que en nosotros ya no hay asom-

bro. Vemos cosas asombrosas, las tenemos delante de los ojos, delante de nuestras narices pero no nos percatamos, no nos damos cuenta verdaderamente de lo que está sucediendo, mientras sucede. No somos capaces de ver dónde está venciendo Cristo, justamente delante de nuestros ojos.

Ahora sucede también lo que sucedió al principio, como cuenta el Evangelio: «Al entrar Jesús en Cafarnaún, un centurión se le acercó rogándole: “Señor, tengo en casa un criado que está en cama paralítico y sufre mucho”. Le contestó: “Voy yo a curarlo”. Pero el centurión le replicó: “Señor, no soy digno de que entres bajo mi techo. Basta que lo digas de palabra, y mi criado quedará sano. Porque yo también vivo bajo disciplina y tengo soldados a mis órdenes; y le digo a uno: ‘Ve’, y va; al otro: ‘Ven’, y viene; a mi criado: ‘Haz esto’, y lo hace”. Al oírlo, Jesús quedó admirado y dijo a los que lo seguían: “En verdad os digo que en Israel no he encontrado en nadie tanta fe». ¡Lo ve en un pagano! En Israel no ha encontrado una fe tan grande. Por eso añade Jesús: «Os digo que vendrán muchos de oriente y occidente [los últimos, los paganos] y se sentarán con Abrahán, Isaac y Jacob en el reino de los cielos; en cambio, a los hijos del reino [es decir, aquellos que habían sido llamados primero] los echarán fuera» (Mt 8,5-12). Y no porque los eche Él, como un castigo, sino porque se excluyen ellos mismos al no haberle reconocido. Los últimos pueden reconocer, como el centurión, lo que los hijos, los primeros a los que está destinado el anuncio de Jesús, no reconocen.

Este es el drama. Nosotros, «los hijos del reino», que incluso hemos

«Este es el drama. Podemos no captar lo que está sucediendo ahora como lo captan, en cambio, los últimos»

«Solo si vivimos una experiencia de paternidad podremos comunicar a quien se encuentre con nosotros por el camino la respuesta al vacío de sentido»

comido y bebido con Él al participar en la vida de la comunidad cristiana, podemos no captar lo que está sucediendo ahora como lo captan, en cambio, los últimos. Por eso nos perdemos la novedad que Cristo está introduciendo en la historia –no en el pasado, sino ahora–, esa novedad que reconocen precisamente los últimos en llegar, mientras que nosotros nos quedamos discutiendo de «nuestras cosas», y sucumbimos de este modo a la mentalidad de todos, sucumbimos a las reglas. Al faltar el asombro, sucumbimos a las reglas, a las estrategias, como dijo el papa Juan Pablo I en aquella frase que citó tantas veces don Giussani: «El verdadero drama de la Iglesia a la que le gusta llamarse moderna [de los cristianos que, en el fondo, ceden a la mentalidad de todos] es el intento de corregir el asombro del evento de Cristo con reglas» (Juan Pablo I, *Humilitas*, n. 3/2001, p. 10). Comenta don Giussani: «Cuando nos sustraemos al asombro [cuando ya no nos asombramos por nada porque no reconocemos lo que sucede mientras sucede, es decir, el acontecimiento de Cristo que despierta y hace brotar tu rostro] [...], no se puede evitar someter la propia vida, segmentada, a la esclavitud de las reglas» (*In cammino. 1992-1998*, op. cit., pp. 107-108). Por el contrario, «el acontecimiento cristiano es el encuentro con una realidad humana que vehicula la evidencia de una correspondencia de lo divino –que se ha inclinado y ha entrado en nuestra vida– a lo que somos. Este encuentro me abre los ojos a mí mismo, hace que se desvele mi persona, se demuestra correspondiente a lo que soy: me permite darme cuenta de lo que soy, de lo que quiero, porque me permite comprender que lo que porta es justamente lo que quiero [...]. Es como si dijese: “Mira [¡mira!] lo que eres, y dime después si no te correspondo. Solo si no te conoces puedes creer que yo no te correspondo y preferir otra cosa como significado de tu yo” [es decir, puedes perderme]» (*In cammino. 1992-1998*, op. cit., pp. 111-112).

Giussani nos advierte finalmente de un peligro que nos acecha. ¿Qué peligro? El de pensar que podemos desarrollarnos siendo autónomos del padre. «Pero a medida que pasa el tiempo, el peligro es que nos desarrollamos como se desarrolla el hijo con respecto al padre, que hace su camino prescindiendo del padre», y de este modo «los hijos ya no son hijos del padre; momentáneamente son discípulos [mirad qué descripción más perfecta: muchas veces nosotros somos “momentáneamente discípulos”] para poder actuar. Cuando pueden actuar lo hacen por su cuenta [cuando podemos actuar por nuestra cuenta, prescindimos gustosamente del padre]. [...] En cambio, si uno es hijo, crece y aporta toda la novedad a lo que el padre decía» (Apuntes del Consejo de presidencia de CL, 24 de julio de 1992, conservados en la Secretaría general de CL, Milán).

Este es el desafío que tenemos ante nosotros al comienzo de este año: vivir con el deseo de captar esa presencia que nos genera, esas autoridades que vencen el nihilismo, una presencia tan excepcional que nos haga preguntarnos: «¿Quién es este?». «Dios nos ama», ha dicho recientemente el papa Francisco, «se hizo más cercano de lo que hubiéramos podido imaginar, tomó nuestra carne para salvarnos. Este anuncio es el corazón de la fe; debe preceder y animar todas nuestras iniciativas. Existimos para hacer palpable esta cercanía. Pero no se puede comunicar la cercanía de Dios sin tener experiencia de ella, sin experimentarla cada día...» (Francisco, *Discurso a los Obispos participantes en el Curso de formación promovido por la Congregación para los Obispos y por la Congregación para las Iglesias Orientales*, 12 de septiembre de 2019). Solo si nos volvemos hijos, solo si vivimos una experiencia de paternidad podremos testimoniarnos mutuamente y comunicar a quien se encuentre con nosotros por el camino la respuesta al vacío de sentido que domina hoy. ■

